

JUAN CARLOS GIRAUTA

*Sentimentales, ofendidos,
mediocres y agresivos*

Radiografía de la nueva sociedad

SEKOTIA

© Juan Carlos Girautaz
© a la edición Editorial Almuzara, S.L., 2022

WWW.SEKOTIA.COM
Primera edición: junio de 2022

COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del *copyright*. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Editor: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
Maquetación: FERNANDO DE MIGUEL

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-18414-39-8
Depósito legal: CO-742-2022

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

A las almas libres

Toledo, abril de 2022

Estimado joven:

Es posible que el 24 de febrero próximo pasado, al saber que Rusia había iniciado la invasión de Ucrania, tuvieras la sensación de que todo a tu alrededor se tambaleaba. Y en efecto, así era, pero también empezaron a moverse inopinadamente tu visión del mundo y tus prioridades. Había reaparecido en escena una vieja aguafiestas: la realidad. Regresaba con su saco de restricciones después de haber sido obviada durante el período entero que comprende tu vida. ¿Qué la obviaba? Una enorme burbuja cultural de la que aún formas parte. Sé que habrás notado la conmoción. Desengáñate, no se trató de un leve seísmo que, una vez superado, vaya a devolver el mundo que conoces a su estado anterior.

La edad no te ha permitido adentrarte a fondo en la historia del siglo xx, el de los totalitarismos y las guerras devastadoras. También, en su segunda mitad, el de la gradual construcción de una isla artificial del tamaño de Europa. El que nos llevó a dar por descontado que la democracia liberal salía gratis, coste cero, que se la podía zumar sin peligro y, como un tentetieso, regresaría siempre a su posición erguida. El siglo, en fin, que se despidió dejándonos la ilusión de un Occidente triunfante: *El fin de la historia* en el sentido hegeliano que le dio Francis Fukuyama.

Solo que, llegado el nuevo milenio, el Occidente triunfante se desentendió de la naturaleza humana. Olvidó que potencias nucleares seguían utilizando las gafas de la geopolítica. De los costes de la libertad no guardaba memoria. Se lanzó a derrochar los réditos de su victoria permitiendo que intrusivos gigantes corporativos traficaran con los remordimientos, las presunciones, las vergüenzas o los afectos individuales, multiplicados por miles de millones de almas. En ese inconcebible laboratorio, bajo las condiciones de estudio establecidas por formidables ingenieros sociales, vive tu generación. Una generación, siento decírtelo, sentimental, siempre ofendida por su extrema susceptibilidad, agresiva. Conocí de joven, con otros fundamentos y otras causas, esa cadena de defectos. Sin embargo, a mi generación no la empujaron a la mediocridad las instituciones académicas, los grandes medios de comunicación, la industria del entretenimiento ni unos emporios tecnológicos que no existían.

A poco rigor intelectual que apliques, notarás en los tiempos que vienen una dificultad creciente a la hora de distribuir culpas. Nunca te las has visto con algo semejante. Asimismo, te incomodará descubrir cómo los problemas que han concentrado tus preocupaciones, miembro comprometido de la sociedad, van pasando a un segundo plano, desplazados por los imperativos que vierte sobre nuestras cabezas el chaparrón de realismo. Hacía mucho que no llovía.

Guerra en Europa, invasión con bombardeo y destrucción de ciudades iguales que las nuestras. Acaso las primeras reacciones de ciertos personajes de relumbrón, como el exsecretario de Estado de los EE. UU., John Kerry, o el vicepresidente de la Comisión Europea, Frans Timmermans, aliviaran un poco tu estrés cuando se empeñaron en anclar el debate público —pese al ambiente bélico, pese a la quiebra del orden mundial— a la cuestión del cambio climático y sus emergencias. Que acabes de alcanzar la mayoría de edad no significa que te chupes el dedo; a

despecho del efecto balsámico que siempre nos procura lo familiar y reconocible, sospechaste que introducir en aquel contexto la cuestión del clima, a la que tanta indignación has dedicado, podía resultar inadecuado.

Por mucho que te hubieras hecho a la burbuja, por potente que fuera la anestesia colectiva, tu recién desperezado sentido de realidad fue superior al de individuos que habían ostentado o seguían ostentando cargos que conllevan graves responsabilidades. De acuerdo, no era el sentido de realidad que se abre paso por vías racionales, esas las tienes algo taponadas. Era, por así decir, una intuición de lo real que se hacía presente por primera vez en tu ser social. Así que, aun ayuno de herramientas analíticas, no te mantuviste indiferente ni pensaste, como antes de ayer, que cerrando los ojos los peligros desaparecerían. No te sorprenda que te conozca tan bien. ¿Cómo iba si no a dedicarte una carta tan larga?

Siéntete personalmente interpelado, pues a ti en concreto me dirijo. Es una afirmación difícil de creer, lo comprendo, pero es verdadera. No te dejes engañar por el formato de mi carta, no sé con cuál te alcanzará. Desearía que no hubiera alteraciones, que abrieras el grueso sobre donde aparece tu nombre como destinatario, escrito a mano. Que extrajeras estas mismas hojas sobre las que me fatigo. Pero no es imposible que las hojas sean otras, lleguen cosidas o pegadas, la letra sea de imprenta y consten notas al pie. O que me estés leyendo en una pantalla.

Pese a tu sensación de eternidad (¡oh, qué bien la he conocido!), no hay tiempo que perder. Da por bueno que eres mi exclusivo receptor y sigue adelante. Comprende cuanto antes que las interpretaciones literales nos alejan de casi todo lo que vale la pena. La verdad nunca está ahí. Fuera de los pósits en la nevera, lo literal es un camino hacia la nada.

He comprobado en los últimos años cómo este problema devenía una auténtica epidemia que no ha respetado edad ni condición. El literalismo es uno de los más lamentables estragos

entre los muchos que han provocado las redes sociales (junto a algunos discretos beneficios). Intenta, por el bien de tu inteligencia y de tu agudeza perceptiva, no contagiarte hasta lo irreversible. He visto a gente valiosa malograr un futuro prometedor por atarse a los significados estrictos. Una desgracia no muy diferente a la de quedarse horas y horas con la vista fija en una mancha de la pared. Atente a las interpretaciones propias y elevadas; las que amplían los significantes más allá de lo que soñó el emisor, el escritor, el remitente. Así enriquecen lo escrito los lectores merecedores de tal nombre.

Tranquilo, una predisposición innata te inclinará pronto a formar criterios originales sobre cada asunto de interés. Cuando suceda, las ideas de otros no se te trasplantarán sin más, sino que darán pie a las tuyas, contribuirán a tu individuación, a la figura que vas a esculpir. ¿O pretendes ir por el mundo dejando caer citas ajenas? Ya citarás con fundamento y contexto justificado cuando escribas ensayos. Sí, escribirás ensayos. Por eso no te puedes habituar a la baratura de soltar frasecitas memorizadas en las conversaciones o en los debates. Eso cualquiera puede hacerlo. Avanza solo y evita en lo posible los argumentos de autoridad, que te deprecian cuando la autoridad no eres tú, y para eso falta mucho. De paso, aplazarás el infierno de voces simultáneas con que las tecnologías de la información te ensordecen. Elude los coros.

O bien déjate manipular. Eres muy libre. Persigo tu reflexión, no tu adhesión. Preferiré mil veces un rechazo razonado a una comunión incondicional. No vengo con argumentarios, propaganda ni consignas. Al contrario. Fíjate cómo las causas que se tratan en el ágora, cualesquiera que sean, se defienden con vehemencia y convicción decrecientes cuanto más exigen de fórmulas inamovibles, de razonamientos prefabricados, de ecos ajenos, fragmentarios, lejanos y muertos.

Seré claro: me inmiscuyo en tu vida de forma algo abrupta porque no quiero que desperdicies una parte de ella. Intención

tan sencilla como ambiciosa. «Pretenciosa más bien», cabe que receles, «nadie ha requerido tu ayuda». Además, continuarás con toda lógica, ¿qué significa desperdiciar la vida? ¿Quién es capaz de dictaminar con certeza que otro hombre está haciendo tal cosa? ¿Acaso no puede habitar en alguno de los infinitos pliegues del alma humana, agazapado, el sentido de un destino plenamente justificado que, sin embargo, solo uno mismo entiende? Una persona más, a lo sumo. Quizá lo conozca también la amada, el amado; acaso tu destino lo demande un hijo que tuerce tu porvenir y, en su favor, todo lo que previste queda postergado o sacrificado, pues nada hay más propio de ti que él. Si esa era al final tu suerte, ¿qué has desperdiciado? Nada. Has cumplido contigo y con otro. Alguien cercano que se merecían cuanto estaba en tu mano, y más. Tu vida incluso.

Sí. Sin duda. Esas cosas suceden. Sin embargo, debo insistir. Esto es solo una carta, léela y haz luego lo que quieras. No me resigno a la pasividad cuando me consta que vas a malograr una parte de tu talento. Hay que ejercitar algunas dotes que podrían ser sagradas. Echando mano de antiguas categorías, busco que la potencia virtuosa se convierta en acto. Empiezo por instarte a no imitar al grupo y a no sobreactuar. Simulas emociones porque crees que otros, a quienes nada debes, las esperan. Con ello, en primer lugar, te rebajas. En segundo lugar, nadie espera nada. Eres tú quien busca el abrigo del grupo real o virtual, la pertenencia a la tribu por la vía rápida, cuando te muestras indignado sin estarlo.

Pronto acabas, por supuesto, indignado de verdad. Entre la falsificación sentimental y el secuestro emocional hay un ínterin muy breve. Enseguida se siente uno como cree que debería sentirse. Si vas a usar ese rasgo de la naturaleza humana, que sea en tu favor. No imites de forma consciente salvo que estés aprendiendo una técnica. Es decir, imita solo para poder algún día dejar de imitar y empezar a ser imitado. Contra el mimetismo inconsciente poco podrás hacer. Si acaso, preguntarte de vez en cuando

si eso que te saca de tus casillas, si aquello que te enfurece, merece realmente tu tiempo y tu energía, o más bien estás participando en una orgía de afectos bastardos y aversiones inmotivadas.

En materia de imitación es obligado leer a Ferran Toutain. Arranca la obra que dedicó al tema con esta cita de Witold Gombrowicz: «Ser hombre significa imitar al hombre». No extraigas conclusiones precipitadas, puedo oír lo que piensas: si me ponga como me ponga no voy a poder dejar de imitar, pues en eso consiste ser hombre, ¿a qué viene todo esto? Recuerda: nada de literalidades. Deja que Toutain te lleve de la mano a lo largo de las líneas que he seleccionado para ti con sumo cuidado:

Con la revolución tecnológica que han experimentado las comunicaciones en las últimas décadas, se han sofisticado de manera extraordinaria las posibilidades que cada uno de nosotros tiene de no ser nadie.

El hombre sin atributos causa a menudo la impresión de esos niños subidos a los hombros de sus padres que enarbolan banderas y pancartas sin tener la menor idea de lo que representan.

La posmodernidad ha llevado a sus últimas consecuencias tanto la despersonalización del hombre como su afán por personalizarse: [...] Es esa una incongruencia que solo puede resolverse por medio del autoengaño: cuanto más se asimila uno a sus correligionarios, más crece en él el sentido de la originalidad. [...] De ahí, el éxito contemporáneo de las identidades colectivas.

El sujeto verdaderamente pernicioso es aquel que, exhibiendo toda su vida una conducta en apariencia muy sensata y cooperativa, goza entre sus iguales, entre quienes constituyen el grueso de la composición social, de un elevado grado de reconocimiento gracias a su asombrosa capacidad para nutrirse sin pausa, y con todo el aposentamiento anfibio que le caracteriza, de las ideas colectivas que va cazando al vuelo.

[Puede] denunciarse tantas veces como convenga la pretensión de hacer pasar los prejuicios por ideas. Si la sociedad valora los primeros hasta el punto de exigir respeto por los que se enquistan en ellos y desconfía de las segundas porque ve en ellas una amenaza [...] es solo porque las ideas son lo contrario de la adhesión, y los colectivos humanos tienen, por definición, una naturaleza adherente.

Se llama a los individuos a singularizarse para salir del rebaño y lo que se singulariza es el rebaño. Por esa razón, para constituir la personalidad del colectivo, el individuo se convierte en célula del organismo. Todo el mundo es invitado a ser alguien, pero alguien previamente definido por los estereotipos propios del grupo al que está destinado.

Cuando el humor se recrea en los fundamentos de la existencia incluye por definición al propio humorista, y en consecuencia uno no puede ser humorista si no es capaz de percibirse a sí mismo como objeto de ridiculización.¹

Quien pueda entender, que entienda. Y tú puedes.

Convertirte en célula de algunos organismos, ceder más de lo que quisiéramos a tu naturaleza adherente u otorgar reconocimiento a tipos perniciosos son desgracias que no vas a poder evitar. Pero saber que es así de manera fatal salva una parte de tu ser. Con esa parte de su ser van por el mundo los caracteres más genuinos. No se puede pedir más a un animal social. Ahora solo puedo contemplarte como un manojo de posibilidades. Un manojo grueso. Renunciarás a muchas de ellas a medida que tomes decisiones, es decir, a medida que escojas. Elegir algo es descartar lo otro, el resto de las ramas del árbol, todas aquellas de las que disponías en ese específico ámbito de decisión, salvo una. Es como si las ramas descartadas se rompieran o quemaran.

1 Ferran Toutain, *Imitación del hombre*, Malpaso, 2020

Nunca volverán. Las has eliminado de tu universo. O mejor dicho, solo volverán como seres monstruosos, hechos un poco de recuerdos y un mucho de experiencias no vividas, de especulaciones borrosas sobre lo que pudo haber sido y no fue, como en el bolero de Machín que tan sentidamente interpretas sin público, de noche, en el salón de casa. Pero en la realidad, cada elección crea nuevas ramas.

Es más que probable que las ramas nuevas sean infinitas cuando se decide algo, aunque nos parezca que el repertorio de nuestras posibilidades se va estrechando. Ello no significa que contengan todas las posibilidades de nuevo, incluyendo las perdidas. Sería un sinsentido. Significa que las nuevas no tienen límite, pero entre ellas no están las eliminadas con anterioridad. Esta paradoja fascinaba a Borges: el conjunto de los números pares no es menor que el conjunto de los números enteros. Pero no nos desviemos. La cuestión es que hay más ramas de las que puedas soñar en mil vidas. Ramas impensables. Fíjate que, solo con las que ahora ves, tienes razones para estar ple-tórico de dicha, para saborear la euforia de la juventud, que yo recuerdo exactamente con esta toma de conciencia: «¡Dios mío, qué jóvenes somos y cuántas posibilidades nos quedan todavía!». Así nos lo dijimos Xosé Cagide y yo (no sé quién pronunció las palabras) una noche en el campo gerundense, a los 22 años. Y rompimos a reír a carcajadas invencibles. Éramos todopoderosos. No tengo por qué creer que tu euforia —cuando la experimentas o cuando la experimentes— sea de naturaleza muy distinta.

El caso es que el tiempo pasa, la euforia se evapora y, además, cuando la recuerdas, te parece agotadora, absurda, temeraria. Un hombre cabal admite que existen límites y que estos actúan sobre él. Que acumula una montaña de descartes. Un hombre cabal se ha tranquilizado con los años y disfruta de serenas y sutiles dichas. Preocúpate menos por lo que decides y más por cómo decides, de acuerdo con qué criterios, a la luz de qué

principios, en beneficio de qué y de quién. Lo imposible es no errar, ya que de continuo primamos, ignoramos, magnificamos, infravaloramos, olvidamos.

En resumen: ya desaprovecharás innumerables oportunidades sin quererlo, pero intenta al menos valorar las opciones por ti y para ti, individuo irrepetible. Otros querrán utilizarte como medio para acercarse a sus fines, normalmente distintos a los que expresan. Recuerda: no les debes nada, y si te insinúan lo contrario les debes menos que nada.

Comprueba, cuando barajes sumarte a alguna causa, si esta no consiste en un cóctel de prejuicios, sentimentalismo y antagonismo. Siempre se presentan con las mejores intenciones, la sombrillita de papel del cóctel. Extrema el cuidado con las buenas intenciones si llegan envueltas en términos ajenos a la escala humana, como *Humanidad*. O como *planeta*. Más allá del discurso, ¿se traduce esa causa alguna vez en algo tangible? ¿Pone en peligro consecuciones efectivas, útiles y positivas? Porque igual la sombrillita opera solo como reclamo, o como distintivo que te invitan a colgarte para que tú te sientas satisfecho, y ellos más fuertes, sin haber conseguido nada. O arriesgando demasiado.

Eres muy libre de fiarte más de la lógica que del olfato (o viceversa), más del instinto que de los consejos, etc. A fin de cuentas, tu aparataje decisorio está más integrado de lo que crees. Que te sientas mejor o peor con algo, aunque ignores el porqué, no es irrelevante. Uno procesa experiencias que dejan su huella y su lección de muy distintas maneras. Ni mucho menos es la razón, aislada de otros instrumentos, lo único fiable. Pero sí es generalmente imprescindible y se trata de un instrumento estrictamente humano. Siempre puedes combinarlo con otros. ¡Qué digo! Siempre lo vas a combinar con otros.

Una manera de desaprovecharte es dar por válido lo que te vas encontrando en la escuela y en la universidad *de la manera* en que te lo presentan. Pregúntate al menos por las motivaciones

de aquellos que son fuente de tus convicciones. ¿Buscan acercarme a la verdad o no admiten siquiera la existencia de tal cosa como «la verdad»? ¿Están colándome una gran teoría mientras me transmiten datos? ¿Tiene esa teoría subyacente pretensiones omniexplicativas? ¿Me están vendiendo una ideología —o los viejos restos de ella— escondida dentro de lo que parece un simple conjunto de valores positivos? ¿Varias teorías a la vez con un sello ideológico que no se percibe a primera vista? ¿Me hurtan hechos que no encajan en la teoría que defienden o bien me los ofrecen para que en última instancia forme mi criterio? ¿Me invitan a opinar sobre distintas cuestiones antes que a conocerlas? ¿Antes de conocerlas desde diferentes prismas? ¿Apelan más a mi intelecto o a mi corazón? ¿Pasan apresuradamente por los hechos para alcanzar cuanto antes las conclusiones? ¿Empiezan sus enseñanzas por esas conclusiones y, después, encajan hechos en ellas? ¿Premian —aunque sea con una sonrisa de aprobación o una mirada de inteligencia— mi adscripción sentimental a una o varias causas que son las tuyas o bien valoran sobre todo el rigor con que soy capaz de sustentar mis opiniones una vez estudiados los datos? Pregúntate estas cosas como alumno, pues si te inoculan doctrinas de tapadillo, sus restos quedarán para siempre en los cimientos sobre los que vas a levantar tu cultura.

Permite que te cuente una experiencia personal. Era 1969, año no tan milagroso como su precedente, pero rico asimismo en prodigios. No voy a comparar el mayo de la playa bajo los adoquines con el julio del *Apolo 11*. Mientras que los lemas de París no podían afectar a un tierno infante, la llegada del hombre a la Luna lo era todo para el febril lector de Hergé que yo era entonces, y que seguí siendo. Era verano, un prodigio en sí mismo cuando se tienen ocho años recién cumplidos, y acaso cuando se tienen más de ochenta. Lo explicaré deprisa. Un puñado de alumnos de los jesuitas bajamos en pijama, de madrugada, al *hall* del hotel de La Molina donde pasábamos

unos días. Allí estamos de pie, soñolientos, boquiabiertos, tan impresionados por las lágrimas de unos turistas americanos como por la gesta de la NASA, resumida en unas imágenes de baja calidad en blanco y negro y en la voz de Jesús Hermida, que quizá mi recuerdo haya añadido. A la mañana siguiente, corro de escolares tras el desayuno. El padre espiritual nos conmina a opinar sobre la hazaña espacial. Sé que había entusiasmo, que borrosas empresas interplanetarias se abrían a nuestro futuro y que no nos atrevíamos a pronunciar las palabras «quiero ser astronauta». Pero vaya si queríamos. Entonces sucedió. La pregunta cayó como un hachazo, al menos en mi conciencia, hasta entonces impoluta y tintinesca: «¿Os parece bien que los americanos se hayan gastado todo ese dinero cuando cincuenta mil niños mueren cada día de hambre?». No había allí otro adulto para sacarnos de la vía que se nos proponía, no hubo un simple «qué tendrá que ver el culo con las témporas». El falso dilema fue una bajeza, un primer encuentro con la demagogia para el que no estaba preparado. Largas hileras de pequeños cadáveres ocuparon mi imaginación poniendo un fin injustificado y brutal a los placeres benditos que unen ciencia e infancia. Se instaló en mí el sentimiento de culpa, decidí que hasta entonces había sido un insensato y me propuse no olvidar nunca a aquellos pobres congéneres indefensos que caían segundo a segundo con la regularidad de un reloj suizo. Malditos quienes contaminan la infancia con la culpa porque sus canalladas son perdurables.

Amigo mío, en 1969, y en los jesuitas, ya iban por ahí los tiros. La cosa no ha hecho más que empeorar. Más de medio siglo de empeoramiento. Si no eres cauteloso, si no limpias pronto esos restos y los arrojas a la basura, se pudrirán en tu interior y ensordecerás ante los postulados que contradigan tus sucesivos adoctrinamientos. Y como en el mundo interconectado circulan todo tipo de mensajes, tu indignación se hará crónica.

Espera, ya estás indignado. Se impone una revisión a fondo y la única forma de llevarla a cabo es leer, leer y seguir leyendo.

Familiarízate con puntos de vista diferentes, con análisis tributarios de doctrinas varias. Subraya los libros, al cuerno el fetichismo. Hazlos tuyos, apunta en los márgenes, dales otra pasada. Lee bien. E intenta no perderte las obras que son objeto de cancelación cultural. Si no quieren que las leas será porque contienen algo interesante.

Seguramente des por descontado, con la ingenua mayoría, que el mundo pertenece a la juventud. Nada más lejos de la realidad. La publicidad es responsable de tal filfa. El grueso de la gente de tu edad ocupa los años sonrientes buscando motivos para ensombrecerlos. Por alguna razón, los más inteligentes se ponen zancadillas a cada paso. Este rasgo, unido a la desventaja de la inexperiencia, ostensible cada vez que el novato se topa con relaciones sociales relevantes, hace que la madurez sea más agradable que la juventud. Desde luego, menos atormentada.

Sí, ya sé, están las pasiones. Las pasiones valen la pena y hay que vivirlas, claro. Adelante, pero no te las dejes puestas día y noche, no te las tatúes o te consumirán tan deprisa que te parecerá increíble. Sabiendo de tu propensión al arrebatamiento, te propongo este régimen: pasión, descanso, pasión, estudio, pasión, esparcimiento, pasión, lectura, pasión, descanso, y así sucesivamente. La mitad es pasión, no te quejarás. Pero pasión pura, no sucedáneos. Amores básicamente.

Las lecturas de un joven —y hasta de un viejo— pueden ser apasionadas. Pero esos entusiasmos son especiales. Son, por así decirlo, ímpetus constructivos. Su poso perdura y, salvo que la selección de títulos haya sido catastrófica, trabajarán en tu favor incluso cuando hayas olvidado cada línea, cada personaje de la gran novela, cada pasaje de la ficción, cada argumento del ensayo y cada dato de la obra de referencia. Sí, leer obras de referencia procura raros e intensos placeres. Pruébalos.

Lee cuanto antes a los clásicos. Cuando vuelvas a ellos maduro y formado tendrás mucho ganado. El beneficio de ponerte desde ahora manos a la obra lo notará tu intelecto, lo reflejará tu lenguaje

y lo agradecerá tu espíritu. Y será muy pronto. Hay otra consideración de orden competitivo. Aunque te hayan contado que la competitividad es mala, indeseable, aunque te hayan protegido de ella por todos los medios creando mundos paralelos bajo la urna de cristal del aula, lo cierto es que tendrás que competir en numerosas ocasiones, y entonces preferirás ganar, y también conocer lo que es perder y cómo se manejan las derrotas. De otro modo, saldrás a la intemperie desprotegido, sin anticuerpos. Eso consigue la pedagogía de las buenas intenciones. La que evita corregir exámenes con bolígrafo rojo para no traumatizar al alumno o la que directamente renuncia a los exámenes porque son estresantes y pueden suspenderse, con la consiguiente frustración. Es la pedagogía que propone partidos de fútbol donde no se cuentan los goles. Ya sabes. En la vida real se compete muy a menudo. Lamentarlo es tanto como lamentar que exista la sociedad o que la condición humana sea la que es. Los experimentos sociales que han intentado construir comunidades no competitivas han acabado casi siempre en grandes tragedias y en miseria. La excepción está en algunas comunidades religiosas. Una gota en el océano. Si el tema te interesa, dispones de las más de dos mil páginas de *Los enemigos del comercio*,² obra mayúscula de un polímata y sabio fascinante que me honró con su amistad.

Leyendo pronto a los clásicos brillarás, cualquiera que sea el entorno en el que te muevas o en el que acabes recalando. Entre otros errores, los sistemas docentes contemporáneos en Occidente subestiman la importancia de abordar grandes obras de la literatura a edad temprana. George Steiner empezó con Homero a los cinco años. Su padre encontró la manera de convertir en búsquedas electrizantes, una vez narrado el principio de un pasaje, el significado de ciertas palabras clave poniéndole delante el texto original en griego, un diccionario y una

2 Antonio Escohotado, Espasa, 2008, 2013 y 2016 (tres volúmenes)

gramática elemental. En la mesilla de noche encontró su «primer Homero». «Puede que el resto no haya sido más que una apostilla a aquel momento», escribe. Se refiere al resto de su vida, a su obra. Los pedagogos desaprobaban el estudio de la *Odisea* y la *Iliada* a los cinco años, pero él llegó a la cima de la literatura comparada, de la teoría de la traducción y de la crítica literaria, entre otras materias. Suyas son estas líneas:

Siempre he desconfiado de la teoría a la hora de resolver mis asuntos emocionales, intelectuales y profesionales. En la medida de mis posibilidades, encuentro sentido al concepto de *teoría* en las ciencias exactas y, hasta cierto punto, en las ciencias aplicadas. Estas construcciones teóricas precisan, para su verificación o refutación, de experimentos cruciales. Si son refutadas, serán sustituidas por otras. Pueden formalizarse lógicamente o matemáticamente. La invocación de la *teoría* en el terreno de las humanidades, en la historia y en los estudios sociales, en la evaluación de la literatura y las artes, me parece mendaz.³

Busca aquellas obras que siempre están vivas. Advertirás ese atributo exclusivo de los clásicos si haces el esfuerzo de seguir leyendo cuando te canses en los primeros capítulos o en las primeras páginas y el libro se te caiga de las manos. Será uno de los esfuerzos más rentables que realices en tu vida. Con todo, lo más importante no es la consideración práctica, sino la lúdica, que se entrelazará con la existencial: con la debida persistencia, de esas lecturas obtendrás *sentido*. Cuanto más goces con ellas, más resplandecerás tú, hasta deslumbrar. Es un círculo virtuoso: placer y recompensa, más placer y más recompensa.

No lo dejes para cuando tengas un trabajo, o para cuando acabes la carrera, o para cuando te cases, o para cualquier otro momento que te parezca más conveniente que mañana mismo.

3 George Steiner, *Errata. El examen de una vida*, Siruela, 2009

Tienes dieciocho años; márcate como objetivo haber leído una decena de obras inmortales a los veinte. Puede que después tu profesión, tus preferencias en el uso del tiempo libre o tus obligaciones familiares te aparten de la lectura. Si es así, nadie podrá arrebatarte la conquista. Tampoco la solidez personal, que siempre se trasluce, de quien ha leído con entrega a Homero, a Shakespeare, a Cervantes, a Dostoyevski, a Flaubert, a Tolstói, a Dante, a Goethe, a Stendhal. La realidad se enriquecerá, tus palabras serán más significativas.

No te dejes el Nuevo Testamento. La Biblia en su conjunto, a poder ser. No es preciso que tengas fe. Cree en lo que te parezca, o no creas en nada en absoluto. Para no ser patéticamente manipulado, para no acabar convertido en un medio al servicio de fines ajenos, es preciso que te dotes de un arsenal cultural que la educación institucionalizada no suele proporcionar. La alta cultura ha quedado reservada a unos pocos centros, escuelas y universidades elitistas. Y a los afortunados que desde niños disponen de una buena biblioteca en casa y del estímulo de sus padres. Los sistemas públicos te enseñan a ser crítico sin proporcionarte los conocimientos que debes someter a crítica; te preparan para opinar sobre todas las cosas sin proveerte de la formación e información necesarias.

Es un esquema profundamente clasista. Tras tantos años de teorías y prácticas pedagógicas que relegan el mérito, la memoria y el esfuerzo, vuelve a ser necesaria la riqueza de cuna para acceder a los estudios que pueden convertirte en una persona culta. Esta perversión occidental cronifica la desigualdad. No siempre ha sido así. La escuela con la que rompió la pedagogía moderna permitía en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, y en parte de los setenta, que un alumno de familia humilde hiciera méritos buscando la excelencia académica con un plus de trabajo. Los logros subsiguientes ponían en marcha un ascensor que atravesaba los techos y burlaba el determinismo social. Los hijos de los más desfavorecidos podían acceder así a niveles de renta y a profesiones

que hoy están vedadas, para empezar, a los que estudian en el sistema público. Es decir, a quienes más necesitan, en general, del ascensor social. Otro fiasco de las buenas intenciones.

Con ser primordial, es este solo uno de los ámbitos en que, como iremos descubriendo, las cosas son lo contrario de lo que parecen. Cuando el acceso a (o la conservación de) una beca deja de depender del desempeño académico, ¿qué ventaja tiene el estudiante humilde con talento dispuesto a trabajar más que nadie? Ninguna. He ahí el resultado de la aparente *democratización* académica: la igualación por abajo. ¿Has visto cómo escribe gente que ha pasado por la universidad en países como España? Son incapaces de redactar con corrección, y mucho menos con gracia. Peor: cometen faltas de ortografía inimaginables en su entorno hace algunas décadas.

Para eludir el nuevo determinismo social, el alumno modesto, además de ponerle ganas y nadar contra la corriente, debe contar con una familia dispuesta a sacrificar vacaciones, salidas, restaurantes, comodidades, compras de ropa, cambios de vehículo y mil cosas más para poder sufragar los estudios de su hijo o hijos en buenas escuelas plurilingües y privadas, y en universidades, a veces extranjeras, que garantizan la mejor formación disponible en el mercado. En el mercado, digo: la competencia entre centros es imprescindible para la mejora general.

Detengámonos un momento en la desprestigiada memoria. Es un asunto trascendental, y no exagero. ¿Te suena la expresión «arte de la memoria»? Acompáñame a visitar una obra de Frances A. Yates, experta en la Edad Media y el Renacimiento:

Pocos saben que los griegos, que inventaron muchas artes, inventaron también un arte de la memoria que, al igual que las otras artes, pasó a Roma, de donde descendió a la tradición europea. Este arte enseña a memorizar valiéndose de una técnica mediante la que se imprimen en la memoria «lugares» e «imágenes». Por lo común, se la ha calificado como «mnemotecnica», capítulo de la actividad humana que en los tiempos

modernos carece más bien de importancia. Pero en la época anterior a la imprenta el adiestramiento de la memoria era de extraordinaria importancia; y, por otro lado, la manipulación de imágenes en la memoria ha de involucrar, en cierta medida, a la psique como un todo.⁴

Así empieza el prefacio de su libro. Y así se expresa en su último capítulo, cuando la época que constituye su especialidad se ha revisado por extenso y ha aparecido el método científico. Van dos fragmentos:

Es un hecho curioso y significativo el que en el siglo XVII conozcan y traten del arte de la memoria [...] pensadores que apuntan en direcciones nuevas como Francis Bacon, Descartes y Leibniz. Pues en este siglo el arte de la memoria sufrió aún otra de sus transformaciones, pasando de ser un método para la memorización de la enciclopedia del saber, para reflejar en la memoria el mundo, a ser una ayuda para la investigación de la enciclopedia y el mundo, con el objeto de descubrir conocimientos nuevos. Es fascinante observar cómo, entre las tendencias del nuevo siglo, el arte de la memoria sobrevive como factor de crecimiento del método científico.

La historia de la organización de la memoria toca puntos vitales de la historia de la religión y la ética, de la filosofía y la psicología, del arte y la literatura, del método científico. Como parte de la retórica, la memoria artificial forma parte de la tradición retórica; como potencia del alma, la memoria forma parte de la teología. Cuando pensamos en estas profundas conexiones, comienza a parecer que después de todo no es sorprendente que su prosecución haya abierto nuevos puntos de vista respecto a algunas de las más grandes manifestaciones de nuestra cultura.⁵

4 Frances A. Yates, *El arte de la memoria*, Ediciones Siruela, 2005

5 *Íbid.*

No espero que un repentino entusiasmo por el tema te empuje a leer de cabo a rabo la preciosa obra de Yates que acabo de citar. Todavía no. Te confesaré que yo leí casi todo Nietzsche a los quince años y sufrí una severa indigestión. Por razones distintas, a Yates hay que llegar con una cultura formada. Además, pese a traértela aquí en una dosis bajísima, casi homeopática (casi inexistente), sirve a un propósito menos modesto de lo que pudiera parecer. La memoria, además de ser útil, abre mundos vedados incluso a personas de alta cultura. Algún día me entenderás. Por ahora, me conformo con que te eches a reír cuando oigas que el aprendizaje memorístico es prescindible.

La pedagogía occidental contemporánea se ha especializado en talar los pies de los educandos para que no se tropiecen. O bien se resiste a suspenderlos por no provocarles un trauma, o bien elimina las consecuencias de los suspensos, como la repetición de curso de quien acumule un cierto número de ellos. Parece mentira que no lo entiendan los gobiernos, ni los profesores organizados en sindicatos y asociaciones, ni los estudiantes con similares aficiones corporativas. Si nadie suspende, o si suspender no significa nada, entonces aprobar tampoco. Se elimina así un incentivo esencial. No faltan profesores críticos con este sistema, tan complaciente como contraproducente. Por desgracia, los críticos no están organizados. Son incómodos para sus colegas, pero cuando alguno de ellos hace oír su voz muchos padres recapitan, y hasta algún compañero. Sin embargo, nada cambia. Hay excelentes profesionales esparcidos aquí y allá, docentes disidentes que se toman muy en serio su campo. Ojalá te hayas encontrado con alguno de ellos.

A los otros los conoces seguro por puras razones probabilísticas: profes que no han leído a los clásicos, pero que han seguido cursos sobre «enseñar a enseñar» y «aprender a aprender» (¿qué y qué?). Mantienen a los alumnos en un mundo que encaja con su visión, uno del que prácticamente se ha desterrado el conocimiento y en el que imperan los sesgos ideológicos. No

se plantean la gran cuestión cuando tienen a los niños o adolescentes delante, que es todo el día: ¿Cómo van a soportar las frustraciones en el futuro estos chavales si los modelamos para no competir? Y añado: ¿Cómo van a argumentar con solvencia quienes no soportan las opiniones contrarias a sus convicciones, ni siquiera las ligeras y parcialmente contrarias? Porque el hecho es que no las soportan, como se pone de manifiesto en cuanto pisan la universidad y gozan de la autonomía suficiente para señalar profesores, boicotear actos y cancelar autores. Como veremos más adelante, el problema tiene un origen: los han formado como predicadores de la religión última, la moralidad.

No te equivoques: tampoco quiero yo que te estreses; también quiero yo que despliegues tus talentos particulares, que seas crítico con lo que se te cuenta, que seas espontáneo, que adoptes actitudes colaborativas, que te singularices y que gestiones bien tus emociones, como dicen pretender tantos pedagogos, maestros y profesores. En efecto, pero con una diferencia: sin engañarte. Sin complacerte con la premisa implícita de que alguna crítica valiosa puede brotar de quien desconoce vastamente el objeto, teoría, pasaje histórico, doctrina, corriente, estilo, idea o costumbre a criticar. Has probado apenas un par de bocados en el gran banquete del conocimiento mientras tus maestros te indicaban la reacción de asco, de agrado, de deleite o de rechazo que se esperaba de ti. Privándote además de casi todos los platos porque esos gastrónomos desprecian el acto de comer y promueven el ayuno. Su especialidad es enseñar a comer y aprender a comer. Pero sin comer.

Vuelvo a la conveniencia de conocer la Biblia. La obligación más bien, si hay que hacer de ti un hombre culto. Repara en esto: no hay manera de acercarse al arte, no hay modo de visitar decentemente un museo, de disfrutar de las obras del Medioevo, del Renacimiento, del Barroco, si careces de las referencias elementales de lo judeocristiano. La religión impregna la cultura europea y, por ende, la occidental. No serás un buen observador

de la pintura, la escultura o la arquitectura, ni el lector que estás destinado a ser, ni alcanzarás la mínima comprensión del pasado —ni, por tanto, del presente—, si no están ubicados en tu memoria los grandes hitos y mitos judeocristianos y grecolatinos y si no has trazado algunas líneas que los relacionen con las eras posteriores a los tiempos bíblicos, a la Historia Sagrada, a Grecia y a Roma. Sin ese bagaje, que tampoco exige ser un especialista, olvídate —salvo a modo de intrascendente entretenimiento— de Miguel Ángel, Leonardo, Rafael, Botticelli y cuantos artistas compusieron sus obras maestras mezclando religión con mitología o magia. También con política y con privadas ambiciones de familias notables.

Aunque aquellos artistas no lo consideraran una mezcla, no hay manera de acercarse a su época y a su obra sin partir de nuestras clasificaciones, para ir adaptándolas luego al tiempo en que fijamos la atención. Si falta este último requisito pecaremos de *presentismo*, distorsión que ya os ha poseído a ti, a tus amigos, a tus profesores y a los opinadores que lees o escuchas. Líbrate de ella si aspiras a elevar la vista. Cuando juzgues el pasado desde los baremos del presente, sé consciente al menos de que lo estás haciendo. Te sirvo unos fragmentos de utilidad:

El uso más evidente de las pinturas y las esculturas en la Italia renacentista fue el religioso. En una cultura secular como la nuestra es bueno recordar que la que nosotros vemos como una «obra de arte», era vista por sus contemporáneos primeramente como una imagen sagrada. La idea de un uso «religioso» no es muy precisa, por lo que probablemente será útil distinguir entre sus funciones mágicas devotas y didácticas [...] Algunas de las pinturas renacentistas pertenecen a un sistema mágico ajeno al mundo cristiano [...] También se ha argüido [...] que la famosa *Primavera* de Botticelli pudo haber sido un talismán, es decir, una imagen destinada a atraer «influencias» favorables del planeta Venus [...] Otras imágenes fueron creadas y compradas con la intención de

estimular la devoción [...] Otro uso de las pinturas religiosas fue el didáctico. Como ya había señalado el papa Gregorio *el Magno* en el siglo vi: «Las pinturas están en las iglesias para que los analfabetos puedan leer en las paredes lo que no pueden leer en los libros». [...] También, las pinturas tenían significados políticos. En Venecia, se glorificó a la República, al encargarse y exponerse retratos oficiales de sus dogos o escenas de las victorias venecianas [...] Ni los artistas ni los patronos tenían total libertad para hacer elecciones estéticas. Su libertad estaba limitada, lo advirtiesen o no, por la necesidad de tener en cuenta los gustos dominantes de la época. Es necesario describir estos gustos para que podamos mirar —aunque sea solo momentáneamente— las obras de arte y literarias con los ojos de sus contemporáneos.⁶

En tus manos está averiguar esos gustos, saltar en el tiempo abandonando tus coordenadas. Es necesario combinar saberes para *viajar* al Renacimiento con algún provecho. Permíteme que ilustre el ejemplo de arriba con unas significativas revelaciones sobre Botticelli que debemos a Gombrich, el más influyente historiador del arte de nuestros tiempos. Sitúate. Gombrich ha dado con una carta del sacerdote y filósofo Marsilio Ficino al mecenas de Botticelli, Lorenzo de Pierfrancesco, que es un adolescente. Ficino es un personaje principal en el pensamiento del Renacimiento italiano, fundador de la academia platónica de Florencia y canónigo de su catedral, teólogo y ocultista. El adolescente Lorenzo será el destinatario de *La primavera*. Doy por hecho que conoces la obra. Búscala ahora mismo y obsérvala. Aquí la gracia está en la mezcla de lo religioso con lo mitológico, de lo astrológico con lo moral, de lo erótico y del cielo, de la belleza como edificadora de valores en un muchacho de catorce o quince años. No olvidemos que Ficino era un neoplatónico.

6 Peter Burke, *El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*, Alianza Editorial, 2001

Así instruye el religioso al menor sobre el modo en que debe observar la pintura de Botticelli cada vez que se cruce con ella, cosa que ocurrirá a diario porque Lorenzo la tiene colgada junto a su alcoba en la Villa di Castello, en Florencia:

Dicen los astrólogos que el hombre más feliz es aquel para quien el «destino» ha dispuesto los signos celestes de manera que la Luna no esté en mal aspecto con Marte y con Saturno [...] No hemos de buscar estas cosas fuera de nosotros, pues todos los cielos están en nuestro interior y la vehemente energía que llevamos dentro atestigua nuestro origen celestial [...] Dispón tus propios cielos [...] A los hombres, además, no se les puede prender con otro cebo que el de la Humanidad...

Ahora viene lo bueno. No imaginas lo que Ficino entiende por «Humanidad»:

[...] La Humanidad es una ninfa de gentileza excelente [...] Su alma y su mente son el amor y la caridad; sus ojos, la dignidad y la magnanimidad; las manos, liberalidad y magnificencia; los pies, gentileza y modestia [...] ¡Oh, qué exquisita belleza! Qué hermosa de ver. Mi querido Lorenzo, una ninfa de tal nobleza ha sido puesta por completo en tus manos. Si te unieras a ella en matrimonio y la reclamaras tuya, endulzaría todos tus años y te haría padre de hermosos hijos.⁷

Gombrich señala que en esta carta:

Ficino ha fundido las dos tradiciones con las que la Edad Media había transformado el antiguo Olimpo: la alegoría moral y el saber astrológico. Traza un horóscopo que es en realidad un mandato moral. Lejos de ser la diosa del Placer, su Venus se presenta como un planeta moralizado...⁸

⁷ *Opera omnia* de Ficino, Basilea, 1576, citado por E. H. Gombrich en *Imágenes simbólicas*, Debate, 2005

⁸ Gombrich, *op. cit.*

Al parecer, Ficino quiere que el muchacho se enamore de Venus, aunque yo me enamoraría antes de Flora, ¿no te parece? Y quiere que, al enamorarse a través de la puerta de los ojos, interiorice los valores de armonía, caridad, magnificencia, cielo interno. El enamoramiento efectivo le parecería perfectamente verosímil teniendo en cuenta la extraordinaria belleza de las mujeres, pintadas a tamaño natural y pensando en la modelo Simonetta Vespucci, de la que Botticelli estaba a su vez prendado. No seas escéptico, joven. Ten presente que no existía la fotografía ni, por tanto, el cine. Ni internet, ni Pornhub. Una arrebatadora belleza femenina de tamaño natural plasmada por el maestro florentino, vista varias veces al día, pudo en efecto embrujar al muchacho. Otra cosa es que el resto de objetivos del neoplatónico Ficino se cumplieran. Lo que importa a nuestros efectos es que la próxima vez que veas una reproducción de la obra, o tengas la suerte de ver el cuadro mismo en la Galería Uffizi, pienses en todo su sentido.

Como anuncié, te perderás placeres sutiles si desatienes el conocimiento de los pilares judeocristiano y grecolatino, si no te aplicas un poco a su estudio hasta que seas capaz de relacionar épocas y tendencias, identificar algunas constantes y relacionar disciplinas diversas. Pero en realidad es mucho peor que perderse una fuente de satisfacciones.

Lo cierto es que no se entiende prácticamente nada fuera de esos dos mundos porque son los ejes de coordenadas de nuestra cultura, y me refiero a la entera cultura occidental. Lo tecnológico sí lo entenderás en la medida en que te apliques y valgas para ello. Lo científico en sentido estricto (ciencias duras) también, aunque con un vacío abismal bajo tus pies. En las humanidades y en las artes, nada de nada, pues es el caso que hasta las creaciones más ajenas al hecho religioso proceden de una reacción contra él, o de una exploración que inevitablemente parte de él. Considera el psicoanálisis. No es una elección al azar.

Freud ha repercutido en la visión contemporánea del mundo con tanta fuerza que es imposible pasarlo por alto. Puedes creer o no en su rigor científico. Yo no creo desde que supe que:

Freud [...] no se arredraba ante comportamientos contrarios a las más elementales exigencias de la ciencia. Freud mintió acerca del nivel de éxito terapéutico alcanzado. Si los pacientes defraudaban sus expectativas —no querían mejorar—, elegía entonces a un sujeto de experimentación con quien sí podía contar: se elegía a sí mismo. Para ocultar lo que había pasado realmente, cambiaba *a posteriori* el contenido de sus concepciones iniciales. Por estridentes que suenen estas afirmaciones, se puede demostrar con bastante facilidad que Freud estaba dispuesto a seguir cualquiera de estas tres estrategias: 1) mentir sobre el éxito terapéutico; 2) tomarse a sí mismo como sujeto de experimentación cuando obtenía resultados frustrantes con otras personas; 3) dar *a posteriori* una imagen distorsionada del contenido de sus propias concepciones anteriores.⁹

Es más, hurgar en los recuerdos de infancia, cuando sabemos ya que son básicamente falsos, ha provocado un sinnúmero de problemas. Busca los trabajos de la psicóloga Elizabeth Loftus si te apetece profundizar en ello. Es asombrosamente sencillo insertar en la gente recuerdos falsos, algo que se puede hacer con deliberación o sin ella. En mi opinión, el terapeuta cree que ayuda a su cliente-paciente mientras levanta en su interior un castillo de mentiras. Pero lo que yo pienso sobre el rigor científico del psicoanálisis carece de importancia porque, como la mayoría de los que hemos disfrutado de la lectura de Sigmund Freud, no soy científico.

Lo que importa es que sus teorías y las de sus principales discípulos impregnan desde el cine y las artes plásticas hasta el pensamiento y la literatura. Toda la literatura, ojo: la posterior

9 Han Israëls, *El caso Freud. Histeria y cocaína*, FCE

a él, sin duda, pero también la anterior cuando se lee hoy. Por cierto, el primero en sufrir ese sesgo fue el propio padre del psicoanálisis con las obras de Shakespeare, como ha demostrado un autor del que enseguida hablaremos. Asimismo, las ideas del doctor Freud y de sus epígonos nutren distintas corrientes de la psicología y, lo que es más significativo, también las teorías sociopolíticas que hacia los años sesenta del siglo pasado empezaron a combinar marxismo y psicoanálisis, y que siguen ejerciendo directa o indirectamente un peso determinante en los círculos académicos, en el grueso de la intelectualidad y en la herencia de las distintas extensiones de la Teoría Crítica, de incalculable repercusión. Por no mencionar la interpretación de la obra de Freud en clave puramente literaria.

A eso me referí unas líneas atrás. La principal aportación a este enfoque —que explicaría por qué nos gusta tanto leer a Freud aunque no nos lo creamos o aunque no sepamos gran cosa de psicología y menos aún de psiquiatría— la hizo Harold Bloom, el crítico con mayor ascendiente sobre su propio oficio y sobre el público occidental culto o medianamente leído. Bloom incluyó al médico austríaco y judío en una selección personal de veintiséis escritores en cuya condición de *canónicos* había decidido profundizar. Sí, amigo mío, hablamos del canon literario. Ahí está nuestro hombre, compartiendo estante con Dante y con Whitman, con Kafka y con Proust. Atento:

Freud es esencialmente Shakespeare en prosa: la visión de la psicología humana que tiene Freud se deriva no de una manera del todo inconsciente de su lectura del teatro shakespeariano. [...] Y fuera conscientemente o no, a cierto nivel, asociaba extrañamente a Shakespeare con Moisés [...] En la fase final de su vida, sustituyó al profeta hebreo de Dios por un egipcio en *Moisés y la religión monoteísta* [...] El verdadero éxito de Freud consiste en haber sido un gran escritor...¹⁰

10 Harold Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, 1995

Enseguida sabrás que el psicoanálisis es tributario de algo grandioso con lo que su creador quiso romper: el «misterio cristiano». Tributario por oposición. También esa circunstancia hace el conocimiento del cristianismo imprescindible. Aunque se haya erradicado de la escuela en tantos países civilizados. No se puede obviar ni desde la laicidad ni desde el laicismo (que no son lo mismo). Ni siquiera desde el ateísmo. Así que coge de una vez la Biblia y lee, para empezar, los Evangelios.

El psicoanálisis freudiano siempre construye sus esquemas a partir del misterio cristiano que, por otra parte, pretende desmontar. La idea de que la verdad debe ser simple y de orden inferior equivale a decir que «el último será el primero», que el Mesías victorioso aparecerá bajo el aspecto paradójico de un crucificado, que el *lapis philosophorum* [la piedra filosofal] será algo *vilis, exilis*, humilde y menudo que se encuentra *in stercore*, en la materia más amorfa.¹¹

Tampoco encontrarás sentido, provecho, provocación ni gozo en la contemplación de un arte contemporáneo nacido de la ruptura de los cánones cuando ignoras en qué demonios consistían esos cánones con los que se rompió. ¿O acaso vas a ser uno de esos turistas de la vida que cuando visita una exposición pictórica o escultórica solo alcanza a pronunciar las dos palabras planas del transeúnte adormecido de nuestro tiempo, las que le delatan como un ignorante: «qué bonito»? ¡Bonito! Para eso mejor no digas nada. Plántate delante de una obra cualquiera, la que más rabia te dé, espera unos minutos, piérdete en la contemplación sin más y, luego, vete a la cafetería del museo o del centro de exposiciones. Lo observado permanecerá en algún rincón de tu cerebro. Y algo hará, ten fe. Bueno, ya me entiendes.

11 Ioan P. Culianu, *Eros y magia en el Renacimiento*, Ediciones Siruela, 1999

Muévete hacia donde creas que reside la sabiduría y la encontrarás, pues «la sabiduría se inclina ante el que la busca», según sentenció Ibn Gabirol, poeta hebraico español del siglo XI. Memoriza las nueve palabras entrecomilladas y repítelas cuando te sientas perdido.

Contra la fatalidad nada podemos, salvo atravesar mal que mal la noche oscura. Pero no hay por qué aceptar la interferencia de elementos adversos que no han venido impuestos por el destino. Tú les has dejado entrar y quedarse, les has permitido que te desactiven en origen. Quizá porque has mordido algún anzuelo, el del calor del grupo, el de las imitaciones evitables, el de la comodidad de las teorías o ideologías capaces de explicarlo todo sin mayor esfuerzo.

La escuela te arrojó a la intemperie, pero «educado en valores». Invocar valores es lo más fácil del mundo. No existen salvo que presidan, informen o impregnen algo, de modo que en ocasiones te lleven por la vía difícil, la menos gratificante o popular. ¿Qué impregnan en tu vida concretamente los valores en que te educaron? Bueno, se trataba más bien de supervisar tu «crecimiento personal». Palabrería, muchacho. Sandeces que suenan bien (a mí no) y con las que el educador desaprensivo u holgazán se zafa de la reprobación por haberte dejado vacío en el vacío. ¿Crecido personalmente? ¿Espontáneo? Cháchara vieja, como «encontrarse a uno mismo», «autorrealizarse» y demás simplezas. Sucedáneos de sucedáneos de la sentencia original, grabada en el pronaos de un templo de Delfos y que no ha perdido su valor: «Conócete a ti mismo».

Ojalá una carta parecida a esta hubiera llegado a mi buzón adolescente y me hubiera alertado. Atendí cosmovisiones de baratillo, ahora lo sé, por el envoltorio sentimental en que me llegaban. Igual que te ocurre a ti con las actuales causas fraccionarias de las que nos ocuparemos. El sentimentalismo lo explotaban ya con esos fines los aparatos de penetración ideológica, aunque no lo invadía todo como ahora, si hay que ajustarse a